

Una faena de muleta

Antonio Burgos

EL TÍTULO DE PATIO, fuente y surtidor que Fernando Iwasaki ha puesto a este diálogo en que hablan los autores de la página impar de Opinión de ABC de Sevilla, de modo que sólo falta aquí abajo, en vez de la mesa, el dibujo de Máximo Sanjuán, me ha hecho pensar en aquella historia sevillana que cuenta Fernán Caballero. El señor de la Sevilla que era Puerto y Puerta de América, probablemente un cargador de Indias (porque en Sevilla hubo cargadores mucho antes que teléfonos móviles), quien mandó llamar a un maestro mayor para que le labrara una casa, quizá con la intención de blasonarla un día poniendo sobre el balcón principal las armas nobiliarias de la hija de un marqués completamente tieso con quien habría de casar a su hijo y heredero. Díjole el señor de Sevilla al maestro, en el encargo de las obras: “Me hace usted un gran patio, con una fuente en medio con un surtidor, y con buenas columnas, con muchas columnas. Y si sobra sitio, me hace alrededor unas cuantas habitaciones”.

Aunque sea el nombramiento de la sogá en la morada del ahorcado, cuando por las mañanas veo los periódicos me acuerdo de la historia del señor de Sevilla contada por la Fernán Caballero. Es como si los editores dijeran a los directores: “Me pone usted abriendo el periódico un patio de columnas, de

muchísimas columnas. Y si sobra sitio, rellene usted el resto del papel con unas cuantas noticias y con el cupón del manos libres y del TDT”.

A mí me pasa como al Diccionario de la Real Academia: que no me gusta hablar de columnas como sinónimo empequeñecedor de la grandeza del artículo periodístico de toda la vida. Para el Diccionario, la columna, tal como se entiende en el periodismo de opinión o de creación, no existe. Para el Diccionario no hay más columnas que las arquitectónicas o en todo caso las tipográficas; es decir, las partes en que se dividen las planas por medio de corondeles. Pero la columna periodística en su actual floración, a pesar de tantos y tan deslumbrantes constructores diarios como tiene, aún no ha llegado al Diccionario.

Para mí, pues, la columna es, al académico modo, más un continente que un contenido, más un soporte que un género. Ara mí, la columna es el artículo de toda la vida de Dios. Al menos es lo que servidor hace. En todo caso, más que columnas a lo mío los lectores le llamaron «recuadro» por su tipografía. No era tal el nombre original de la sección, sino «Sevilla al día», una de las primitivas del ABC de Sevilla desde que en 1929 lo fundó Don Juan Ignacio Luca de Tena haciendo realidad el sueño de Don Torcuato. Pero como en un momento dado el «Sevilla al día» pasó de su formato de columna al de recuadro a dos, manteniendo las cursivas originales de la sección, el público rompió en llamarlo «El recuadro de Burgos», y «El recuadro» se le ha quedado. O sea, que

a mi columna la sacaron de pila los lectores, que son mis padrinos y valedores. Y en este bautizo no pude sentirme más honrado. A los lectores de ABC les funciona la memoria y así, «El recuadro», con igual disposición tipográfica se llamaba una sección fija del último Azorín en ABC, donde ese sí que fue maestro de periodista que descubrió el cine en la juvenil inquietud de su ancianidad.

¿Qué es la columna entonces? ¿Un artículo en sección fija escrito por periodistas? Quizá. Pero casi siempre con contenidos muy políticos y muy poco literarios, a diferencia del articulismo tradicional que hizo Literatura en los diarios españoles. La columna vive de un mundo que va desde los confidentiales a las opiniones, desde las filtraciones a la propaganda. La considero como un género nacido de la Transición española. Antes de la transición no había columnas. La transición se hace con las magníficas columnas de Pedro Rodríguez, por ejemplo, o las magistrales de Campmany.

La columna de toda la vida, la columna que siempre hemos leído en casa, que diría Josemi, ha sido el artículo. Pero no decimos que Larra fuese columnista. Ni que Bécquer lo fuera en sus crónicas sobre la destrucción de Sevilla sin necesidad de cachimbas ni de Nicaragua, que él denunció. ¿Y Ortega? ¿Haría ahora columnas Ortega? De ninguna de las maneras. El articulismo es otra cosa. Es el texto del escritor *de* periódicos o *en* periódicos, algo distinto de la estricta opinión política de la columna.

He citado a Azorín, y a Azorín no se entiende sin el articulismo o sin la crónica. Sus mejores libros fueron antes escritos para los periódicos y publicados para los periódicos. Gran parte de la mejor literatura española del XIX y del XX surge de los periódicos. Los escritores de periódicos inventaron los fascículos: sus libros son recortes de periódico encuadernados. *Los pueblos* de Azorín, que los jesuitas nos obligaban a leer y releer y que nos despertaron la vocación de la escritura a algunos, es una recopilación que en modo alguno puede entenderse columnismo.

El modelo clásico del articulismo contemporáneo es Pemán. Clásico en el sentido con lo empleaba Rafael el Gallo: “Clásico es lo que no se pué hasé mejón”. Pemán es mi modelo de articulista, por nación andaluza y gaditana quizá. A los artículos de Pemán, los lectores los llamaban «las terceras de Pemán», por la página de ABC donde se publicaban. Ahí, en las terceras de Pemán en ABC está la mejor literatura de periódico de todo el siglo XX español.

Pemán tiene toda una teoría del artículo, que explica con donosura. Dice que antes de empezar a escribir un artículo hay que tener pensado un buen título y un buen remate. Y con zumba chirigotera gaditana, añade Pemán: “Entre título y remate, rellénese la idea con honesta carpintería del oficio”.

¿Era acaso González Ruano lo que hoy entendemos por un columnista? Ruano era capaz de hacer artículo sobre las pelusas del ombligo, si hacía falta.

Si hacía falta entregarlo a su hora y no tenía otro asunto, se entiende. Claro que los casos de Pemán y de Ruano me hacen pensar más en la figura del «colaborador» que en el columnista de hogaño. El colaborador es un escritor ajeno a la redacción del periódico, pero que se hace parte y tuétano del diario. Lo accesorio pasa a ser fundamental. Hasta el punto de que a su artículo se le puede aplicar la voz «columna», en la cuarta acepción del Diccionario: “Persona o cosa que sirve de amparo, apoyo o protección”. El artículo como artillería divisionaria apoyando el avance de la infantería de las noticias, del mismo modo que siempre se dice que el dibujo de don Antonio Mingote es el más certero de los editoriales.

Quizá en estos clásicos estemos hablando de algo tan actual como el «periodismo de autor». Del «nuevo periodismo» antes de que se inventara el término. En la prensa española no hay nada tan viejo como el «nuevo periodismo». Manuel Chaves Nogales hizo «nuevo periodismo» en «La Esfera» más de medio siglo antes que Tom Wolfe. Como en ABC lo hizo el otro genial Manuel sevillano de la época, el olvidado y silenciado Manuel Sánchez del Arco. Julio Camba, en sus artículos sobre la vida cotidiana en Estados Unidos, aparte de humor, hace nuevo periodismo. Luego el articulismo se refugió en las corresponsalías de extranjero. Muchas crónicas de corresponsales son columnas sobre vida cotidiana, sobre mentalidades, sobre costumbres, sobre modas sociales.

No hago columnas, o al menos no tengo ni voluntad ni ganas de hacerlas; busco hacer artículos. Ni sé ni me interesa hacer columnas, entendidas como periodismo político de chau-chau y de filtración, a veces contaminaciones interesadas. Gracias a Dios, no ceno nunca con un ministro y tampoco domino la jerga al uso:

-- Hasta donde yo sé.

-- Más pronto que tarde.

-- Hay que contemplar dos posibles escenarios.

-- Es un tema de mucho calado.

«Articulismo desde Sevilla»... Vivo en provincias, y a mucha honra, y eso imprime carácter. El columnismo es quizá un género del periodismo de Madrid; en Sevilla, gracias a Dios, podemos seguir haciendo articulismo del diálogo del azahar y la naranja, como un poema retrasado de los ultraístas del grupo «Mediodía». Honesta carpintería literaria. Quizá, por decirlo en términos taurinos, sea el arte del codilleo. De la necesidad, virtud. Quizá la literatura sirva para suplir carencias informativas. No intento hacer información. Ni opinión. Hago retablos de lo que pasa a mi alrededor o de lo que se contempla desde el claro rincón de la provincia, donde como hay menos árboles, se ve mucho mejor el bosque de la política, de las mentalidades, de las tendencias.

En el artículo cabe todo. Es como un pequeño periódico de autor, de un solo tema, o de varios asuntos bien ligados, o incluso un frito variado de varios

de ellos. Todo sirve para un artículo. Una conversación que has oído, una noticia que has visto en el telediario, un libro que has leído, una conversación que te ha sorprendido. Una palabra, a veces, te da todo el artículo ya hecho. A veces, los amigos que me conocen, me dicen en mitad de nuestra charlita: "Burgos, se te acaba de poner cara de recuadro".

O te inspira el artículo una muerte que te han anunciado o cuya esquelera has visto en ABC, porque los muertos no se mueren realmente hasta que su papeleta sale en el ABC. Ah, los gorigoris. Ah, la necrológica, qué filón, qué género dentro del género... "Ido Ruano, a mí los muertos se me dan como a nadie", dijo Campmany, hermano mayor de la Cofradía de la Columna. A escala local, añado que a mí los gorigoris sevillanos tampoco se me dan malamente.

El artículo te permite una reescritura personal, esa visión de autor. Cuanto más lejos y más periféricamente te coloques, mayor singularidad tendrá lo que digas. Igual que muchos presumen de «estar en el ajo», donde se cuecen las noticias, otros escribimos sobre el humo que vemos subir desde las chimeneas de esos fogones. Paradójicamente quizá las nuestras no sean columnas de humo, como tantas otras.

Conviene haber sido cocinero del oficio periodístico, con su grandeza y servidumbre, antes que de fraile del claustro del articulismo. Desconfío del articulista que llega desde la cátedra, desde el ensayismo, quizá rebotado desde la política. A veces escriben artículos que deberían ser publicados con un tubo

de Dolalgial retractilado en el papel de periódico. Yo, por ejemplo, empecé a escribir artículo diario cuando ya llevaba quince años de oficio en la redacción.

Así es como concibo el artículo, que es como una faena de muleta. Se puede empezar por alto o por bajo, con doblones o estatuarios; luego ha de seguir unas series de rechazos; algún adorno; para echarse la muleta a la izquierda, y dar unas series de naturales rematados por el de pecho. Y a cuadrar y a entrar a matar. Una mala estocada, un pinchazo, puede estropear la mejor faena y un mal final puede estropear el mejor artículo. Hay que conseguir que al final el lector saque el pañuelo, no para llorar por el petardo de artículo que has escrito, sino para pedirte la oreja.

Sevilla, 23 de Febrero de 2009